SÉNECA

De la brevedad de la vida

BIBLIOTECA DIGITAL MINERD-DOMINICANA LEE

Séneca

Figura de la antigüedad Grecorromana, con la característica reflexión de la época, de un hombre sobre lo humano en sí, desde la razón o conciencia.

Séneca fue filósofo, escritor, hombre de Estado sujeto a las dificultades políticas e obscuridades humanas propias de todos los tiempos pero y particularmente, los de su época.

Se preocupa por la experiencia de vivir, articulada al bien y el mal como corresponde lógicamente a una reflexión desde la razón, así llamada a la conciencia de sí, humana.

Su valor es el de haberse opuesto a la erudición, a pesar de o, precisamente por ello, conocer poetas, historiadores, y filósofos tanto griegos como latinos, además de, imponer su idea: las ideas para el aprender a "vivir" bien, más que de disputar. Es sabido por todos que en la época, las retóricas y las gramáticas en boga, se oponían con la disputa a cualquier avance en el pensamiento, sin que para nosotros; tales disputas hoy, sean denigrables, pero sí, puestas en su justo lugar como medios de indagación y no de expresión del odio entre las gentes.

Séneca pasó del cinismo al estoicismo, fue estoico como cualquier ciudadano romano, recorre luego el epicureismo y tiene visos de cristianismo. Estos, pienso yo, propios de la reflexión sobre el bien y el mal. Hoy en día, el bien y el mal, pasaron a ser términos con los que un sujeto se representa para otro, pero no y en sí, consustanciales a lo humano, tal como ningún otro término del lenguaje con los que el sujeto decida hacerse representar.

El trabajo sobre la lengua, desarrollado por el psicoanálisis, como medio a través del cual un sujeto se representa para el sistema lingüístico, jurídico y de deseos, propio de su época, siendo éste sistema, no obstante, simbólico; el sujeto puede quedar preñado y atascado por Imaginario o Real de su mundo. Son estos, términos que, dan otra perspectiva del asunto de lo humano. No obstante, la lectura sobre Séneca, habrá de servirnos para adentrarnos en alguna de las profundidades de lo humano y sus vicisitudes,

salvando este impasse de la determinación por un bien supremo, que con las religiones, el ser humano ha inventado para explicarse.
El mundo de Séneca, es moral. Nuestro mundo actual, es el del sujeto y sus nexos con la realidad, en lo imaginario, lo simbólico y lo real. La certeza en Séneca es conceptual. Nuestra certeza actual, sobre el sujeto de la lengua, esta basada en nociones fundamentales aquellas que, contienen a los conceptos en postura de bordear lo real.

Entre las Reflexiones de Séneca y las nuestras, media, la ciencia, superada luego por el psicoanálisis; la literatura y los siglos de avance respecto del deseo humano de Saberse a sí mismo. Hoy por hoy, si bien este saberse, se procura paso hacia la conciencia; no es de ésta sino, un iceberg surgido desde el fondo de lo inconsciente.

Otro valor de Séneca es el derrumbe de las creencias y la demolición de prácticas religiosas propias del paganismo, no respeta convencionalismo alguno de solemnes ritos propios de su época.

En Séneca, el hombre se redime a sí mismo, y por medio de la razón. Hoy diríamos que el hombre no tiene redención, que su saber es inconsciente, y que su disfrute es hacerlo consciente, sabiendo de sí entre tanto, tanto como de lo humano en sí.

Lucio Anneo Séneca procedía de una ilustre y acomodada familia hispana. Hijo segundo de Séneca el Viejo, el Retórico. Ante el tribunal de su hermano mayor, que fue adoptado por Juio Galión y tomó el nombre de éste, fue presentado San Pablo por los judíos, cuando aquél era procónsul en Grecia; Galión rehusó juzgarlo. De su hermano menor, fue hijo el poeta Lucano.

Nació en Córdoba, pocos años antes del comienzo de nuestra Era. Se educó en Roma manifestando desde joven aptitudes para la poesía y la elocuencia, así como para los estudios filosóficos y la investigación científica.

Observaba prácticas neoestóicas de vida simple y austera propias de los seguidores de Quinto Sextio. De tal secta procedían dos de sus maestros: Papirio Fabiano y Soción, recordados una y otra vez en sus obras de madurez, con gran reconocimiento. Otro estoico se suma a estos ideales de Séneca: Atalo, de quien tradujo sus obras

a realidades vivas. Atalo se entregaba al estudio de las ciencias naturales, de éste aprendió Séneca bastante como para mencionarlo en una de sus obras. De Soción aprendió la manera estoica del renunciar a los placeres externos, por otros placeres más acá de éstos, ejemplo es: dormir sobre un colchón "que no tomase la forma del cuerpo". A estas prácticas hubo Séneca de renunciar, en gran medida, por la presión de la voluntad Paterna, las causas de tal reprimenda, se debían a que en la época, —era el año 16, y el 19, reinaba Tiberio—, se prohibió, por decreto, todo culto que oliera a forastero, secta mágica o astrológica, culto egipcio o judío. Se retiró entonces Séneca, a Egipto, donde un tío que era prefecto de una provincia cercana, hasta que cayó Sejano. Volviendo a Roma, descolló ya y se dio a conocer. Su brillantez de pensamiento y su personalidad, su palabra y su filosofía, entonces de moda, le atrajeron la atención de los otros. Poco faltó para que el sucesor de Tiberio, Calígüla, lo condenase a muerte, por su posición expresada en alguno que otro discurso. Dicen que no lo mando a la muerte porque le dijeron que Séneca en poco tiempo, moriría de tísico. En el reinado de Claudio, a instigación de Mesalina, fue desterrado a Córcega. Ocho años pasaron en los que su producción literaria fue en gran avance.

Séneca en su obra pues, permanece estoico, pero con una estoa renovada, que se toma la libertad de decidir por sí mismo. Siempre dentro de los cánones de la razón. Hoy diríamos li-verdad. Como diciendo, es la verdad, del sujeto del inconsciente, la que nos hará libres, libres al leer, nuestras propias tonterías, es decir, libres de las cadenas de falaces creencias que, determinan la vida de un sujeto.

Séneca nos habla sobre las pasiones, lo que nosotros hoy llamaríamos el goce, la pasión humana que lo conduce hacia la muerte. Este es otro valor de importancia.

De la brevedad de la vida, es un tratado jurídico-político, dedicado probablemente a Paolino, padre de su segunda mujer, fue compuesto en el año 49 ó 50.

FRAGMENTOS

Fragmentos de *Cartas a Lucilio*

Considero, pues, más feliz al hombre que no ha necesitado sostener ninguna lucha contra sí mismo; y creo más meritorio al que, luchando consigo mismo, ha logrado vencer sus malas inclinaciones, arrastrando su alma, más bien que conduciéndola al camino de la sabiduría.(XLIV) Pero que emocionen los pensamientos, no las frases; la elocuencia es un veneno cuando es ella y no la verdad lo que apasiona.(XLIV)

No tengas ninguna fe en las gentes cuando te digan que sus negocios los apartan de los estudios serios; se hacen los ocupados sin estarlo mucho; la dificultad para esos hombres está en ellos mismos. (LXII)

Todo puede despreciarse; pero poseerlo todo es imposible. El camino más corto para ser rico es despreciar la riqueza. (LXII)

No hay nada de que nos cansemos tan pronto como del dolor: si es reciente, encuentra quien lo consuele, interesa a las almas generosas, pero si es antiguo hace reír a todo el mundo. Y es razonable que se ría la gente, porque es un dolor o fingido o insensato.(LXIII)

El dolor debe ser vencido por el hombre, y no el hombre por él.(LXIII)

Una vez en tu soledad haz de modo que la gente no hable de ti; por tu parte, habla contigo mismo. ¿Qué te dirás? Lo que los hombres dicen con mucho gusto los unos de los otros: ten mala opinión de ti, y así adquirirás la costumbre de oír la verdad y de decirla. (LXVIII)

Pero lo que aprendas en el momento de irte, ¿cuándo te servirá ni para qué? Me servirá para irme siendo mejor. (LXVIII)

Por otra parte, bien sabes que no es forzoso conservar la vida, pues

lo importante no es vivir mucho, sino bien vivir. Así es que el sabio vive lo que debe, no lo que puede. Examinará dónde, cómo, con quién, por qué debe vivir; lo que será su vida, no lo que pueda durar. (LXX)

Darse la muerte o recibirla, acabar un poco después o un poco antes, ha de ser para él enteramente lo mismo; no hay en eso nada que pueda espantarle. ¿Qué importa perder lo que se nos va escapando gota a gota? Morir más pronto o más tarde es cosa indiferente; lo importante es morir bien o mal. Y ¿qué es morir bien? Sustraerse al peligro de vivir mal. (LXX)

Preferiría a la máxima de que "la fortuna lo puede todo para el que vive", este otro pensamiento: la fortuna no puede nada contra el que sabe morir.(LXX)

Sobre todo tratándose de la muerte, debemos sujetarnos a nuestra fantasía. La mejor muerte es la que más nos guste. Poco importa que la vida acabe por el hierro, la cuerda o le veneno, con tal que acabe rompiendo los lazos de la servidumbre. Se debe cuenta de la vida a los demás; de la muerte no debemos cuenta más que a nosotros mismos: por eso es mejor la que nos agrade más. (LXX)

La obra maestra de la ley eterna es haberle procurado varias salidas a la vida del hombre, que sólo tiene una entrada.(LXX)

La mejor razón para no quejarse de la vida es que ella no retiene al que la quiera dejar. Las cosas humanas están muy bien dispuestas: nadie es desgraciado más que por su culpa. ¿Te place la vida? Vive. ¿No te place?, pues eres dueño de volver al lugar de donde has venido. (LXX)

Si quieres no ser esclavo de tu cuerpo, figúrate que estás alojado en él momentáneamente como un transeúnte, y no pierdas de vista que vas a perder el alojamiento de un instante a otro. Así te hará poca mella la necesidad de dejarlo. Pero, ¿cómo familiarizarse con la idea del propio fin cuando no tienen fin nuestros deseos? (LXX)

Cuando quieras saber lo que te conviene evitar o lo que debes buscar, fija la vista en el soberano bien, en el objeto general de tu vida, pues todos nuestros actos deben tender uniformemente hacia

ese objeto. No es posible ordenar los detalles de nuestra vida si no hemos fijado su conjunto. (LXXII)
Hay gentes que tienen a su lado el soberano bien sin sospecharlo, como suele suceder que andamos buscando al que tenemos cerca. No hay necesidad de muchas frases ni de largos circunloquios para hacerte sentir lo que es el bien soberano; basta señalarlo con el dedo y sin buscarlo mucho: ¿ para qué tantos giros, tantas divisiones y subdivisiones, cuando basta decir que "el soberano bien es la virtud"? Podemos decir más: "que la virtud es el único bien; los otros bienes son falsos y corrompidos". Si te penetras de este principio y te apasionas por la virtud (pues amarla es poca cosa), todos los hechos en que ella tenga parte, sea cual fuere la opinión de los demás, te parecerán felices y favorables; hasta la tortura, si conservas en el potro más tranquilidad que tu verdugo; hasta la enfermedad, si dominas el mal y no maldices la suerte. (LXXI)

Es virtud la que triunfa de la fortuna adversa, como también lo es la que hace buen uso de la favorable. Ahora bien, la virtud no puede ser más grande ni más chica: siempre es del mismo tamaño. (LXXI)

¿ Hay algo en el mundo que esté al abrigo de cambios? La tierra, el cielo, toda la inmensa maquinaria del universo, no están exentos de cambios, aún siendo la obra de Dios mismo. No, el mundo no conservará siempre su orden actual; día vendrá que lo desvíe de su curso. Todos los seres tienen periodos marcados: deben nacer, crecer y perecer. Esos astros que veis moverse por encima de nosotros, esta tierra en que estamos confusamente esparcidos y nos parece tan sólida, todo ello está minado sordamente y ha de tener un fin. No hay nada que no tenga su vejez, su decrepitud, su término; aunque en épocas diferentes, el mismo fin le espera a todo lo que existe. Todo lo que es acabará por no ser, pero el mundo no perecerá por eso: se disolverá. La disolución, para nosotros, es la destrucción. En efecto, nosotros no consideramos sino lo que está muy cerca de nosotros: nuestra alma, bastardeada, y que no sabe desprenderse del cuerpo, no ve más allá; pero soportaríamos con mucha más firmeza la idea de nuestro fin y la de nuestros prójimos, si estuviéramos persuadidos de que la naturaleza no es más que una sucesión de nacimiento y muerte; de que los cuerpos compuestos se disuelven; de que los cuerpos disueltos se reconstituyen, y de que es en este círculo infinito donde se ejerce el poder del Dios moderador del universo.(LXXI)

La virtud tiene siempre la misma medida justa: nada le falta.(LXXI)

¿ Cómo las alegrías de un banquete y los tormentos del suplicio pueden ser la misma cosa? ¿ Eso te sorprende? Pues he aquí una cosa que ha de sorprenderte más: las alegrías del festín son un mal, los tormentos del potro son un bien, si en las primeras nos conducimos vergonzosamente y en los últimos con dignidad. Las cosas no son buenas o malas por sí mismas, sino por la virtud; la virtud, que dondequiera que va les da a todas las cosas el mismo valor, igual medida.(LXXI)

Se necesita un alma grande para apreciar las grandes cosas, pues las almas vulgares les atribuyen sus propios yerros.(LXXI)

Yo no hago del sabio un hombre aparte, diferente de los otros; no lo considero libre de dolor, como una roca insensible. No pierdo de vista que está compuesto de dos sustancias; una irrazonable que siente las mordeduras, las quemaduras, el dolor; otra razonable que nada puede quebrantar en sus opiniones, apurar ni vencer. En esta última es en la que reside el soberano bien: tan incierta y vacilante como es el alma incompleta, es inmóvil y fija cuando se goza de ella en toda su plenitud.(LXXI)

Los enemigos que nos falta vencer son muchos más de los ya vencidos: pero la voluntad de caminar equivale a haber hecho una parte del camino.(LXXI)

Hagamos de modo que sea nuestro todo nuestro tiempo; y bien, no lo será hasta que nosotros mismos lo seamos. ¡ Cuándo llegaremos a despreciar la fortuna, buena o mala! ¡ Cuándo podremos exclamar, después de haber subyugado todas nuestras pasiones: ¡He vencido! ¿ Me preguntas a quién? No a los persas, ni a otras naciones belicosas aún más lejanas: a la avaricia, a la ambición, al miedo a la muerte, por todo lo cual fueron vencidos los vencedores de las naciones.(LXXI)

Para filosofar no hay que esperar la ocasión de estar inocupado; hay que dejar todas las ocupaciones para consagrarnos a la gran ocupación que agotaría todo nuestro tiempo y mucho más, aunque nuestra vida se extendiera hasta los más remotos confines de la

experiencia humana. Olvidarse enteramente de la filosofía u ocuparse de ella a ratos viene a ser la misma cosa. En efecto, no la encontramos nunca donde la dejamos: como un resorte del que se tira, y que se encoge tan luego como lo soltamos, ella vuelve también al punto de partida.(LXXII)

Los que dan la preferencia a otros bienes, caen en poder de la mudable fortuna y dejan de pertenencerse, mientras que el hombre que encierra todos los bienes de todas clases en lo honrado, tiene la felicidad dentro de sí.(LXXIV)

Todo el que se abandone a los caprichos de la suerte, se prepara innumerables motivos de desasosiego; no hay más que un solo medio de llegar a la seguridad: despreciar las cosas externas y aparatosas, ateniéndose a lo honrado.(LXXIV)

Quien tenga el propósito de ser feliz, no debe pensar más que en un solo bien. lo honesto.(LXXIV)

¿Me preguntas por qué la virtud no tiene necesidad de nada? Porque no desea lo que no tiene; con lo que tiene se contenta, y como no hay nada para ella que no tenga un valor, todo le basta.(LXXIV)

Los verdaderos bienes son los que la razón procura: son más sólidos y duraderos; no pueden ni perecer, ni decrecer, ni amenguarse. Los otros no son más que bienes de convención: no tienen de común con los bienes más que el nombre; su esencia es muy distinta. Llámeseles, pues, ventajas; o en el lenguaje de nuestra escuela preliminares; pero sepamos que son sirvientes nuestros, y no partes de nuestra naturaleza; que son nuestros, pero que están por fuera de nosotros. Por mucha entrada que les demos, no los consideremos jamás sino como posesiones viles y subalternas, que no valen para poner en ellos ninguna vanidad.(LXXIV)

Quien pone su confianza en bienes esencialmente fugitivos, es muy pronto abandonado por ellos; y si no es abandonado, encontrará en ellos un tormento.(LXXIV)

Que el hombre tenga por bueno todo lo que Dios ha encontrado bueno; que no se enorgullezca de sí mismo ni de sus acciones, sino

en tanto que sea invencible, que tenga los males bajo sus pies y que, por la fuerza de la razón, la más poderosa de todas las armas, se ponga fuera de todos los caprichos del azar y por encima del dolor y los ultrajes. Amad la razón, pues el amor a ella os defenderá de todos los asaltos, de todos los enemigos.(LXXIV)

La virtud, en efecto, nunca deja un vacío en el alma; la llena toda; ella sola disipa todos los pesares, porque es el principio y el origen de todos los bienes.(LXXIV)

El soberano bien no aumenta ni disminuye; la felicidad no crece ni mengua; subsiste siempre en la misma proporción, haga lo que quiera la fortuna: si el sabio alcanza una vejez prolongada, o acaba sin llegar a la vejez, la medida de su buenaventura es la misma para él, sea cual fuere la diferencia de edad. Cuando describes un círculo, grande o pequeño, el espacio varía, pero no la forma: igualmente lo que es recto y justo no se mide por el tamaño, por la cantidad ni la duración. Las dimensiones varían sin que cambie la esencia de las cosas.(LXXIV)

¿Quieres convencerte de la necesidad de no apurarse con anticipación? Imagínate a un hombre a quien se le anuncia que será sometido a cruel suplicio al cabo de cincuenta años, ¿ ha de apurarse por eso? Pues cincuenta años le durará el suplicio, en el caso de que se apesadumbre anticipadamente o se ponga a pensar en lo que ha de suceder al cabo de medio siglo. Espíritus hay que se complacen en hablar de padecimientos que ya han desaparecido, recordando enfermedades antiguas que están curadas y no dejaron huella. Los males futuros como los pasados son males ausentes y no podemos sentirlos. ¿A qué pensar en ellos? No debe, pues, haber por ellos dolor, puesto que no hay sentimiento. (LXXIV)

¡Qué! ¿No sigues las huellas de los antiguos? Sí, pero con reservas, con la condición de poder añadir alguna cosa, cambiar algo y abandonar aquello que me parezca. Soy su discípulo, no su esclavo.(LXXX)

El cuerpo necesita mucho alimento, mucha bebida, mucho aceite; un cuidado, en fin, de todos los instantes. Pero la virtud se adquiere sin aparato y sin desembolso; todo lo necesario para ser un hombre de bien, lo posées. ¿Qué es lo que se necesita? ¡Querer! (LXXX)

Franquéate, pues, emancípate ante todo del miedo a la muerte, que es la primera de las servidumbres; y luego del temor a la pobreza. (LXXX)

Compara los semblantes de los pobres con los de los ricos. El pobre ríe más a menudo y más francamente; si tiene algún cuidado, pasa como una nube. Pero aquellos que son considerados los seres más felices, tienen por risa una mueca; su alegría es simulada, porque la tristeza los devora; y es su mal tanto más grave, porque no deben manifestar su pena; han de mostrarse contentos entre las preocupaciones que arrugan sus frentes y las pesadumbres que oprimen sus corazones. Su felicidad es un disfraz; arrancadles la careta y os inspirarán desprecio o lástima. (LXXX)

Para apreciarte tu mismo, deja aparte el dinero, las casas, los honores, y mírate por dentro. Al presente mides tu valer por el criterio de los demás. (LXXX)

En efecto, el hombre debería portarse siempre como si hubiera testigos de lo que hace, pensar siempre como si alguien pudiese leer en el fondo de su pensamiento. Y a fe que puede hacerlo. (LXXXIII)

Lo que nos endurece en el mal es no volver la vista a lo pasado, no hacer nunca examen de conciencia. Algunas veces, no muchas, se piensa en lo que se hará; en lo que se ha hecho se piensa menos aún. Sin embargo, en el pasado se debe aconsejar el porvenir.(LXXXIII)

Para mí; la lectura es la primera de las necesidades; en primer lugar, porque me preservan de creerme el único pensador; y luego porque me ponen al corriente de los descubrimientos hechos y de los que faltan. (LXXXIV)

La lectura, por otra parte, alimenta el espíritu y le permite descansar del verdadero estudio. No es bueno limitarse a escribir, como no es bueno contentarse con leer; lo primero cansa y agota las fuerzas: lo segundo las disuelve y diluye. Es preciso que ambos ejercicios alternen combinados, sirviendo de correctivo el uno al otro. Lo que de la lectura se ha recogido, se utiliza en la composición. (LXXXIV)

La ambición no tiene límites; lo mismo teme a los que están delante que a los que vienen detrás y es una doble envidia lo que la atormenta. ¡ Qué desdicha la de ser envidiado, y que miseria la de sentirse envidioso! (LXXXIV)

¡Ah!, dirige a otra parte el pensamiento, encamínate a la sabiduría, busca más bien los goces tranquilos e inagotables. Todo lo que parece elevarse poco o mucho entre las humanas cosas, no tiene más que una grandeza aparente y relativa; y, sin embargo, el llegar a ellas es difícil y penoso. No se sube a los honores sino por senda escarpada. Pero si te trasladas a esta sublime región desde la cual se domina la fortuna, verás bajo vuestros pies lo que se cree más alto. Y es llano el camino que te llevará a la cumbre. (LXXXIV)

No solamente condescendemos con facilidad a los vicios, sino que nos precipitamos a ellos, y lo que hace incorregibles a la mayoría de los hombres es que las faltas contra cualquier otro arte avergüenzan al artífice y perjudican a quien las comete, mientras que los pecados contra la rectitud de la vida proporcionan deleite. (XCVII)

Nunca creas feliz a nadie que esté pendiente de la felicidad. (XCVIII)

Desastroso es el ánimo ansioso de lo porvenir, y desdichado antes de la desdicha el que está inquieto por que le acompañen hasta el fin de su vida las cosas que le deleitan. En ningún tiempo tendrá sosiego, y en la expectación del futuro perderá el presente y lo que en él pudiera disfrutar. (XCVIII)

Puede arrebatársenos el tener, pero nunca el haber tenido. (XCVIII)

Cada día, cada hora, nos revela la nada que somos, y nos advierte con un nuevo argumento nuestra olvidada fragilidad: entonces nos obliga a meditar en lo eterno y a volver la mirada hacia la muerte. (CI)

Nuestro término está firme allí donde lo fijó el hado inexorable, pero ninguno de nosotros sabe a qué distancia se encuentra. Dispongamos, pues, de nuestro ánimo como si ya hubiésemos llegado a nuestro fin. No aplacemos nada: saldemos cada día

nuestras cuentas con la vida. El mayor defecto de la vida está en que siempre es incompleta, porque siempre dejamos algo aplazado. A quien sabe dar cada día a su vida la última mano, no le falta tiempo. (CI)

Lo que importa es lo buena que sea tu vida, no cuán larga sea. Y, muchas veces, que sea buena es que no sea larga. (CI)

La tempestad amenaza antes de estallar, los edificios crujen antes de derrumbarse, el humo anuncia con tiempo el incendio; el daño que procede del hombre llega de improviso, y se encubre con tanto más cuidado cuanto más se aproxima. (CIII)

Dicen que Sócrates contestó a alguien que se quejaba de no haber sacado provecho de sus viajes: "No es raro que te haya ocurrido eso, pues viajabas contigo mismo". ¡Qué bien iría a muchos alejarse de sí mismos! (CIV)

Si eres sabio, atemperarás una cosa con otra: ni esperarás sin desconfianza ni desconfiarás sin esperanza. (CIV)

Mientras ignores de qué has de huir, qué has de buscar, qué es necesario y que está de sobra, qué es justo y qué injusto, lo que hagas no será viajar, sino andar errante. (CIV)

No hay viaje alguno, créeme, que te coloque fuera de la codicia, de la ira, del miedo: si lo hubiera, el género humano lo haría en columna cerrada. Esos males te acosarán y te enervarán, vayas donde vayas, mientras lleves contigo sus causas. ¿Te maravillas de que la fuga no te aproveche? Es que aquello de lo que huyes lo llevas contigo al huir. (CIV)

La naturaleza nos ha creado magnánimos, y, como a algunos animales les dio la fiereza, a otros la astucia, a otros el miedo, a nosotros nos dio un espíritu glorioso y elevado que aspira a la vida más honrada, no a la más segura, semejante a los cielos, a los que sigue y emula en la medida en que pueden lograrlo las fuerzas de los mortales; un espíritu que se ensancha, porque confía en que, si es contemplado, merecerá alabanza. Es señor de todas las cosas, está por encima de todas las cosas. A nada, pues, se someta, nada le parezca grave ni capaz de doblegar a un hombre. (CIV)

Quien desprecia a alguien le pisa, sin duda, pero pasa adelante. Nadie hiere con pertinacia e insistencia al hombre despreciado.Hasta en el combate, se pasa al lado del que ha caído, y se lucha con el que sigue en pie. (CV)

Pasa la pena todo el que la espera, y la espera todo el que la ha merecido. (CV) El culpable ha tenido alguna vez la suerte de no ser descubierto, nunca la de estar confiado. (CV)

El que acude al filósofo ha de llevarse consigo algo bueno cada día, ha de volver a su casa o más sano o más curable. Y así volverá: ésta es la virtud de la filosofía, que ayuda no sólo a quienes se consagran a ella, sino hasta a quienes con ella tienen trato. (CVIII)

Las mejores cosas escapan volando, y las peores las suceden. (CVIII)

Vivamos, pues, con todo el ánimo, y, puesto aparte lo que nos distrae, esforcémonos en una sola cosa: que no tengamos que comprender la rapidez del tiempo infatigable cuando ya nos haya abandonado. Que cada primer día agrade como si fuese el mejor y que se haga nuestro. Hay que tomar posesión de lo que se nos escapa. (CVIII)

Pero para que no me ocurra a mí mismo, mientras ando buscando otra cosa, convertirme en gramático o filólogo, te advierto que al oír o leer a un filósofo hay que tratar de encontrar la ciencia de la vida feliz, de modo que se capten no ya palabras arcaicas o retorcidas, y metáforas difíciles y figuras de dicción, sino preceptos provechosos y sentencias magnánimas y esforzadas que lleven a una pronta acción. (CVIII)

¿Qué ayuda puede ofrecerme el piloto de un navío aturdido y vomitando? Y ¿ no crees que la vida es arrojada de un lado para otro por una tempestad más dura que la que pueda zarandear a nave alguna? No se trata de hablar, sino de manejar el timón. (CVIII)

El verdadero filósofo, con su tamaña se contenta; ¿ cómo iba a no estar contento de haber crecido hasta donde no alcanza la mano de

la fortuna? Está, pues, por encima de las cosas humanas, y en cualquier situación es igual a sí mismo, tanto si la vida sigue un curso favorable como si se bambolea entre adversidades y dificultades. (CXI)

Así pues, donde quiera que veas que la corrupción del lenguaje produce agrado, ten la seguridad de que allí también las costumbres se han apartado de la rectitud. (CXIV)

Nuestro rey es el ánimo; cuando está firme, todo lo demás es fiel a su deber, obediente, dócil. En cuanto aquél vacila un poco, todo se tambalea; y, si se entrega al placer, también sus actitudes y sus actos languidecen, y todo esfuerzo se hace flojo y pusilánime. (CXIV)

Pues, ¿qué Lucilio, no es acaso una locura que ninguno de nosotros piense que es mortal y débil, es más, que ninguno de nosotros piense que no es más que uno? (CXIV)

Estaremos sanos y moderaremos nuestros deseos si cada uno se cuenta como uno solo, y mediremos bien nuestro cuerpo si cada uno sabe que no puede abarcar mucho ni por mucho tiempo. Y nada te será tan útil para conservar la templanza como la consideración frecuente de la brevedad y la incertidumbre de la vida: hagas lo que hagas, recuerda que eres mortal. (CXIV)

Según el precio, somos benignos o crueles, y procuramos lo que es honrado mientras podemos esperar algo de ello, pero siempre dispuestos a pasar al partido contrario si el crimen nos promete más. (CXV)

El dinero se persigue con tormento, y se posee con un tormento aún mayor. (CXV)

La filosofía te ofrecerá, pues, lo que ciertamente reputo como el mayor bien: nunca te arrepentirás de ti mismo. (CXV)

No hay vicio alguno para el que no haya alguna defensa; todos tienen un comienzo pudoroso y excusable, pero luego se expansionan mucho más: no conseguirás que cese, si le permites comenzar. Toda pasión es débil al principio; después se excita a sí

misma y reúne fuerzas a medida que avanza; es más fácil cerrarle el paso que expulsarla. (CXVI)

¿Sabes por qué no tenemos fuerza suficiente? Porque creemos que no la tenemos. (CXVI)
Pues ninguna diferencia hay, Lucilio, entre no desear y tener. (CXIX)

Nunca es poco lo que es suficiente, y nunca es mucho lo que no basta. (CXIX)

No te interese cómo ha de ser la mesa, cómo la plata, cuán parejos y rápidos los esclavos para servir la comida: lo único que la naturaleza echa de menos es el alimento. (CXIX)

Nada es bueno sino lo que es honesto, y lo que es honesto es siempre bueno. (CXX)

Luego hemos dividido ésta [la virtud perfecta] en partes: había que refrenar las ambiciones, reprimir los temores, proveer a los quehaceres, distribuír lo que ha de darse: así concebimos la templanza, la fortaleza, la prudencia, la justicia, y dimos a cada una su cometido. ¿De dónde hemos sacado, pues, el conocimiento de la virtud? Nos la manifestó su propio orden, belleza y constancia, la concordia entre todas sus acciones y su grandeza, que se eleva sobre todas las cosas. (CXX)

Nada es suficiente para unos seres que han de morir, mejor dicho, que ya están muriendo, pues cada día estamos más cerca del último, y a aquel en el que hemos de caer todas las horas nos empujan. Mira en qué gran ceguera está nuestro entendimiento: lo que llamamos futuro está ocurriendo ya, y una gran parte del mismo ya está cumplida, tanta, sin duda, como días llevamos vividos. Erramos, pues, los que tememos el último día, ya que cada uno de ellos nos lleva igualmente hacia la muerte. Aquel último paso, en el que caemos, no produce nuestra caducidad, sólo la pone de manifiesto: es el día que llega hasta la muerte, pero todos llevan hacia ésta, la cual nos recibe, pero ya de antes nos tenía cogidos. (CXX)

Es así como más claramente se muestra el ánimo imprudente: se presenta de modos diversos y es desigual a sí mismo, cosa, a mi

entender, más vergonzosa que otra cualquiera. Ten por ideal comportarte como un mismo hombre; pero, aparte del sabio, nadie lo logra; los demás tenemos muchas caras. (CXX)

Nadie puede tener todo lo que quiere, pero puede no querer lo que no tiene, y usar alegremente lo que se le ofrece. (CXXIII)

¡Cuánto mejor es seguir el camino recto y llegar al estado en que sean las cosas honestas las que te produzcan placer! Eso podremos conseguirlo si sabemos conseguirlo, si sabemos que hay dos clases de cosas, las que nos invitan y las que nos repelen. Nos invitan las riquezas, los placeres, la belleza, la ambición y las demás cosas blandas y sonrientes; nos repelen el trabajo, la muerte, el dolor, la ignominia, las estrecheces. Debemos, pues, ejercitarnos en no temer estas cosas ni desear aquéllas. Luchemos en dirección contraria, apartémonos de lo que nos invita y fortalezcámonos contra lo que nos es hostil. (CXXIII)

Todos los que ponen el placer cómo el valor más alto entienden que el bien es sensible; nosotros, en cambio, creemos que es inteligible, porque lo atribuimos al ánimo. (CXXIV)

Lo mismo que toda naturaleza presenta su bien cuando está cumplida, así el bien humano falta al hombre hasta que éste posee la razón perfecta. Y ¿ qué es este bien? Yo te diré: un ánimo libre, erguido, que todo lo sujeta a sí mismo mientras él mismo a nada se sujeta. (CXXIV)

¿Quieres dirigirte a tu propio bien, dejando las cosas en que necesariamente serás vencido, pues te esfuerzas en lo que es extraño?, y, ¿cuál es ese bien? Un ánimo verdaderamente puro y sin tacha, émulo de dios, que se alza sobre las cosas humanas y no sitúa nada fuera de sí mismo. Eres un animal racional. ¿ Cuál es, pues, tu bien? La razón perfecta. ¿La elevas hacia su cumplimiento, hasta dónde más pueda crecer? El momento en el que has de considerarte feliz es aquel en que todo tu gozo te nazca de ella, cuando, pasando revista a las cosas que los hombres arrebatan, anhelan, guardan celosamente, nada encuentres no digo ya que prefieras, sino ni aun que quieras. Te daré una fórmula breve con la que puedas medir la talla que hayas llegado a dar, con la que adviertas si ya eres perfecto: tendrás tu bien cuando comprendas

que aquellos a quienes la fortuna les es favorable son los más infelices de todos. (CXXIV)
Séneca, Cartas a LuciliO.

DE LA BREVEDAD DE LA VIDA

1. La mayor parte de los hombres, ¡oh Paulino!, se queja de la naturaleza, culpándola de que nos haya criado para edad tan corta, y que el espacio que nos dio de vida corra tan veloz que viene a ser muy pocos aquellos a quien no se les acaba en medio de las prevenciones para pasarla. Y no es sola la turba del imprudente vulgo la que se lamenta de este opinado mal; que también su afecto ha despertado quejas en los excelentes varones, habiendo dado motivo a la ordinaria exclamación de los médicos, "que siendo corta la vida, es larga y difusa el arte." De esto también se originó la querella (indigna de varón sabio) que Aristóteles dio, que siendo la edad de algunos animales brutos tan larga, que en unos llega a cinco siglos, y en otros a diez, sea tan corta y limitada la del hombre, criado para cosas tan superiores.

   El tiempo que tenemos no es corto; pero perdiendo mucho de él, hacemos que lo sea, y la vida es suficientemente larga para ejecutar en ella cosas grandes, si la empleáremos bien. Pero al que se le pasa en ocio y en deleites, y no la ocupa en loables ejercicios, cuando le llega el último trance, conocemos que se le fue, sin que él haya entendido que caminaba.

   Lo cierto es, que la vida que se nos dio no es breve; nosotros hacemos que lo sea, y que no somos pobres, sino pródigos del tiempo; sucediendo lo que a las grandes y reales riquezas, que si llegan a manos de dueños poco cuerdos, se disipan en un instante; y al contrario, las cortas y limitadas, entrando en poder de próvidos administradores, crecen con el uso. Así nuestra edad tiene mucha latitud para los que usaren bien de ella.

2. ¿Para qué nos quejamos de la naturaleza, pues ella se hubo con nosotros benignamente? Larga es la vida, si la sabemos aprovechar. A uno detiene la insaciable avaricia, a otro la cuidadosa negligencia de inútiles trabajos; uno se entrega al vino, otro con la ociosidad se entorpece; a otro fatiga la ambición, pendiente siempre de ajenos pareceres, a unos lleva por diversas tierras y mares la despeñada codicia de mercancías, con esperanzas de ganancia; a otros atormenta la militar inclinación, sin jamás quedar advertidos con los ajenos peligros, ni escarmentados con los propios. Hay otros que en veneración,

no agradecida, de superiores consumen su edad en voluntaria servidumbre. A muchos detiene la emulación de ajena fortuna o el aborrecimiento de la propia. A otros trae una inconstante y siempre descontenta liviandad, vacilando entre varios pareceres, y algunos hay que no agradándose de ocupación alguna a que dirijan su carrera, los hallan los hados marchitos, y vocezando de tal manera, que no duda ser verdad lo que en forma de oráculo dijo el mayor de los poetas: "Pequeña parte de vida es la que vivimos", porque lo demás es espacio, y no vida, sino tiempo.

Por todas partes los cercan apretantes vicios, sin dar lugar a que se levante jamás, y sin permitir que pongan los ojos en el rostro de la verdad, y teniéndolos sumergidos y asidos en sus deseos, los oprimen. Nunca se les da lugar a que vuelvan sobre sí, y si acaso tal vez les llega alguna no esperada quietud, aún entonces andan fluctuando, sucediéndoles lo que al mar, en quien después de pacificados los vientos, quedan alteradas las olas, sin que jamás les solicite el descanso a dejar sus deseos.

¿Piensas que hablo de solos aquellos, cuyos males son notorios? Pon los ojos en los demás, a cuya felicidad se arriman muchos, y verás que aun estos se ahogan con sus propios bienes. ¿A cuántos son molestas sus mismas riquezas? ¿A cuantos ha costado su sangre el deseo de ostentar su elocuencia en todas ocasiones? ¿Cuántos con sus continuos deleites se han puesto pálidos? ¿A cuántos no ha dejado un instante de libertad el frecuente concurso de sus paniaguados? Pasa, pues, desde los más ínfimos a los más empinados, y verás que éste ahoga, el otro asiste, aquel peligra, éste defiende y otro sentencia, consumiéndose los unos en los otros. Pregunta la vida de éstos cuyos nombres se celebran, y verás que te conocen por señales; que éste es reverenciador de aquél, aquél del otro, y ninguno de sí. Con lo cual es ignorantísima la indignación de algunos, que se quejan del sobrecejo de los superiores cuando no los hallan desocupados yendo a visitarlos. ¿Es posible que los que, sin tener ocupación, no están jamás desocupados para sí mismos, han de tener atrevimiento para condenar por soberbia lo que quizá es falta de tiempo? El otro, séase el que se fuere, por lo menos tal vez, aunque con rostro mesurado, puso los ojos en ti, tal vez te oyó y tal vez te admitió a su lado, y tú jamás te has dignado de mirarte ni oírte. No hay para que cargues a los otros

estas obligaciones, pues cuando fuiste a buscarlos, no fue tanto para estar con ellos, cuanto porque no podías estar contigo.

3. Aunque concurran en esto todos los ingenios que resplandecieron en todas las edades, no acabarán de ponderar suficientemente esta niebla de los humanos entendimientos. No consienten que nadie les ocupe sus heredades, y por pequeña que sea la diferencia que se ofrece en asentar los linderos, vienen a las piedras y a las armas; y tras eso, no sólo consienten que otros se les entren en su vida, sino que ellos mismos introducen a los que han de ser los poseedores de ella. Ninguno hay que quiera repartir sus dineros, habiendo muchos que distribuye n su vida; muéstranse miserables en guardar su patrimonio, y cuando se llega a la pérdida de tiempo, son pródigos de aquello en que fuera justificada la avaricia.
   Deseo llamar alguno de los ancianos, y pues tú lo eres, habiendo llegado a lo último de la edad humana, teniendo cerca de cien años o más, ven acá, llama a cuentas a tu edad. Dime, ¿cuánta parte de ella te consumió el acreedor, cuánta el amigo, cuánta la república, y cuánta tus allegados, cuánta los disgustos con tu mujer, cuánta el castigo de los esclavos, cuánta el apresurado paseo por la ciudad? Junta a esto las enfermedades tomadas con tus manos, añade el tiempo que se pasó en ociosidad, y hallarás que tienes muchos menos de los que cuentas. Trae a la memoria, si tuviste algún día firme determinación, y si le pasaste en aquello para que, le habías destinado. Qué uso tuviste de ti mismo, cuándo estuvo en un ser el rostro, cuándo el ánimo sin temores; qué cosa, hayas hecho para ti en tan larga edad; cuántos hayan sido los que te han robado la vida, sin entender tú lo que perdías; cuánto tiempo te han quitado el vano dolor, la ignorante alegría, la hambrienta codicia y la entretenida conversación; y viendo lo poco que a ti te has dejado de ti, juzgarás que mueres malogrado.

4. ¿Cuál, pues, es la causa de esto? El vivir como si hubiérades de vivir para siembre, sin que vuestra fragilidad os despierte. No observáis el tiempo que se os ha pasado, y así gastáis de él como de caudal colmado y abundante, siendo contingente que el día que tenéis determinado para alguna acción, sea el último de vuestra vida. Teméis como mortales, todas las cosas y, como inmortales, las deseáis.

Oirás decir a muchos que en llegando a cincuenta años, se han de retirar a la quietud, y que el de sesenta les jubilará a todos los oficios y cargos. Dime: Cuando esto propones, ¿qué seguridad tienes de más larga vida? ¿Quién te consentirá ejecutar lo que dispones? ¿No te avergüenzas de reservarte para las sobras de la vida, destinado a la virtud sólo aquel tiempo que para ninguna cosa es de provecho? ¡OH cuán tardía acción es comenzar la vida cuando se quiere acabar! ¡Qué necio olvido de la mortalidad es diferir los santos consejos hasta los cincuenta años, comenzando a vivir en edad a que son pocos los que llegan!

A muchos de los poderosos que ocupan grandes puestos, oirás decir que codician la quietud, que la alaban y la refieren a todos los bienes, que desean (si con seguridad lo pudiesen hacer) bajar de aquella altura; porque cuando falten males exteriores que les acometan y combatan, la misma buena fortuna se cae de suyo.

5. El divino Augusto, a quien los dioses concedieron más bienes que a otro alguno, andaba siempre deseando la quietud, y pidiendo le descargasen del peso de la república. Todas sus pláticas iban enderezadas a prevenir descanso, y con este dulce, aunque fingido, consuelo de que algún día había de vivir para sí, entretenía sus trabajos. En una carta que escribió al Senado, en que prometía que su descanso no sería desnudándose de la dignidad ni desviándose de su antigua gloria, hallé estas palabras: "Aunque estas cosas se pueden hacer con más gloria que prometerse; pero la alegría de haber llegado al deseado tiempo me ha puesto tan adelante, que aunque hasta ahora me detiene el gusto de los buenos sucesos, me recreo y recibo deleite con la dulzura de estas pláticas." De tan grande importancia juzgaba ser la quietud, que ya que no podía conseguirla, se deleitaba en proponerla. Aquel que veía pender todas las cosas de su voluntad, y el que hacía felices a todas las naciones, ese cuidaba gustoso del día en que se había de desnudar de aquella grandeza. Conocía con experiencia cuánto sudor le habían costado aquellos bienes que en todas partes resplandecen, y cuánta parte de encubiertas congojas encierran, habiéndose hallado forzado a pelear, primero con sus compañeros, y últimamente con sus deudos, en que derramando sangre en mar y tierra, acosado por Macedonia, Sicilia, Egipto,

Siria y Asia, y casi por todas las demás provincias al orbe, pasó a batallas externas los ejércitos, cansados de mortandad romana, mientras pacifica los Alpes y doma los enemigos mezclados en paz y en el imperio; y mientras ensancha los términos, pasándolos del Reno, Eufrates y Danubio, se estaban afilando contra él, en la misma ciudad de Roma, las espadas de Murena, de Escipión, de Lépido y de Egnacio. Y apenas había deshecho las asechanzas de éstos, cuando su propia hija y muchos mancebos nobles, atraídos con el adulterio como si fuera con juramento, ponían temor a su quebrantada vejez; después de lo cual, le quedaba una mujer, a quien temer otra vez con Antonio. Cortaba estas llagas, cortando los miembros, y al punto nacían otras; y como en cuerpo cargado con mucha sangre, se alteraban siempre algunas partes de él. Finalmente, deseaba la quietud, y en la esperanza y pensamiento de ella descansaban sus trabajos. Ere era el deseo de quien podía hacer que todos cosiguiesen los suyos.

Marco Tulio Cicerón, perseguido de los Catilinas, Clodios, Pompeyos y Crasos, los unos enemigos manifiestos, y otros no seguros amigos; mientras arrimando el hombro tuvo a la república que se iba a caer, padeció con ella tormentas; apartado, finalmente, y no quieto con los prósperos sucesos, y mal sufrido con los adversos, abominó muchas veces de aquel su consulado, tan sin fin, aunque no sin causa, alabado. ¡Qué lamentables palabras pone en una carta que escribió a Atico después de vencido Pompeyo, y estando su hijo rehaciendo en España las quebrantadas armas! "Pregúntasme, dice, qué hago aquí? Estoyme en mi Tusculano libre a medias." Y añadiendo después otras razones, en que lamenta la edad pasada, se queja de la presente y desconfía de la venidera. Llamóse Cicerón libre a medias, y verdaderamente no le convenía tomar tan abatido apellido, pues el varón sabio no es medio libre, siempre goza de entera y sólida libertad. Y siendo suelto y gozando de su derecho, sobrepuja a los demás, no pudiendo haber quien tenga dominio en aquel que tiene imperio sobre la fortuna.

6. Habiendo Livio Druso, hombre áspero y vehemente, removido las nuevas leyes y los daños de Graco, estando acompañado de grande concurso de toda Italia, no habiendo antevisto el fin de las cosas, que ni podía ejecutar, ni tenía libertad para retroceder en ellas, detestando su vida, desde la niñez inquieta, se cuenta

que dijo que él sólo era quien, siendo muchacho, no había tenido un día de descanso. Atrevióse antes de salir de la edad pupilar y de quitarse la ropa pretexta, a favorecer con los jueces las causas de los culpados, interponiendo su favor con tanta eficacia, que consta haber violentado algunos pareceres. ¿Hasta dónde no había de llegar tan anticipada ambición? Claro está que aquella tan acelerada audacia había de parar en grande mal particular y público. Tarde, pues, se quejaba de que n ohabía tenido un día de quietud, habiendo sido sedicioso desde niño y pesado a los tribunales. Dúdase si se mató él mismo, porque cayó habiendo recibido una repentina herida en la ingle; dudando alguno si en él fue la muerte voluntaria o venida a sazón.

Superfluo será el referir muchos, que siendo tenidos de los demás por dichosísimos, dieron ellos mismos verdadero testimonio de sí; pero en estas quejas ni se enmendaron, ni enmendaron a otros; porque al mismo tiempo que las publicaban con palabras, volvían los afectos a su antigua costumbre. Lo cierto es, que aunque llegue nuestra vida a mil años, se reduce a ser muy corta. En cada siglo se consumen todas las cosas, siendo forzoso que este espacio de tiempo, en que, aunque corre la naturaleza, la apresura la razón, se nos huya con toda ligereza; porque ni impedimos ni detenemos el curso de la cosa más veloz, antes consentimos se vaya como si no fuese necesaria, y se pudiese recuperar.

En primer lugar pongo aquellos que jamás están desocupados sino para el vino y Venus, porque éstos son los más torpemente entretenidos; que los demás que pecan engañados con apariencia de gloria vana, yerran con cubierta de bien. Ora me hables de los avarientos, ora de los airados, ora de los guerreros, todos éstos pecan mas varonilmente; pero la mancha de los inclinados a la sensualida y deleites es torpe. Examina los días de éstos, mira el tiempo que se les va en contar, en acechar, en temer, en reverenciar, y cuánto tiempo les ocupan sus conciertos y los ajenos, cuántos los convite (que ya vienen a tenerse por oficio), y conocerás que ni sus males ni sus bienes los dejan respirar. Finalmente, es doctrina comúnmente recibida que ninguna acción de los ocupados en estas cosas puede ser acertada, no la elocuencia ni las artes liberales, porque el ánimo estrechado no es capaz de cosas grandes, antes las desecha como holladas. Y el hombre ocupado, en ninguna cosa tiene

menor dominio que en su vida, por ser dificultosísima la ciencia de vivir.

7. De las demás artes donde quiera se encuentran muchos profesores, y algunas hay, que aun los muy niños las han aprendido de modo, que las pudieran enseñar; más la de vivir, toda la vida se ha de ir estudiando, y lo que más se debe ponderar es, que toda ella se ha de gastar en aprender a morir. Muchos grandes varones, habiendo dejado todos los embarazos, renunciando las riquezas, oficios y entretenimientos, no se ocuparon en otra cosa hasta el remate de su vida, sino en el arte de saber vivir; y muchos de ellos murieron confesando que aún no habían llegado a conseguirla. ¿Cómo, pues, la sabrán los que no la estudian?
   Créeme que es de hombres grandes y sobrepujar a los humanos errores, no consentir que se les usurpe un instante de tiempo, con lo cual viene a ser larguísima su vida, porque todo lo que ella se extendió fue para ellos, no consintiendo hubiese cosa ociosa y sin cultivar; no entregaron parte alguna al ajeno dominio, porque lo hallaron equivalente recompensa con que permutar el tiempo; y así fueron vigilantísimos guardadores de él, con lo cual les fue suficiente; al contrario, es forzoso les falte a los que el pueblo ha quitado mucha parte de la vida.
   Y no entiendas que éstas dejan de conocer que de aquella causa les procede este daño; a muchos de éstos, a quien la grande felicidad apesga, oirás exclamar entre la caterva de sus paniaguados, o en el despacho de los negocios, o en las demás honrosas miserias, que no le es permitido vivir. ¿Qué maravilla que no se les permita? Todos aquellos que se te allegan, te apartan de ti. ¿Cuántos días te quitó el acusado, cuántos el pretendiente, cuántos la vieja cansada de enterrar herederos, cuántos el que se fingió enfermo para despertar la avaricia de los que codician su herencia, cuántos el amigo poderoso que te tiene, no para amistad, sino para ostentación? Haz te ruego un avanzo, y cuenta los días de tu vida, y verás cuán pocos y desechados han sido los que has tenido para ti. El otro que llegó a conseguir el consulado, que tanto pretendió, desea dejarlo, y dice: "¿Cuándo se acabará este año?" Tiene el otro a su cargo las fiestas, habiendo hecho gran aprecio de que le cayó por suerte la comisión, y dice: "¿Cuándo saldré de este cuidado?" Escogen a uno para abogado entre todos los demás, y llénase el

tribunal de gente para oírle, aun hasta donde no alcanza su voz, y dice: "¿Cuándo se acabará de sentenciar este pleito?"
Cada cual precipita su vida, trabajando con el deseo de lo futuro y con el hastío de lo presente. Pero aquél que aprovecha para sí todo su tiempo, y el que ordena todos sus días para que le sean de vida, ni desea ni teme al día venidero; Porque, ¿qué cosa le puede acarrear, que le sea disgusto? Conocidas tiene con hartura todas las cosas; en lo demás disponga la fortuna como quisiere; que ya la vida de éste está en puerto seguro. Podársele añadir algo, pero quitar no sucediéndole lo que al estómago, que estando satisfecho, y no cargado, admite algún manjar sin haberle apetecido.

8. No juzgues, pues, que alguno ha vivido mucho tiempo, por verle con canas y con arrugas; que aunque ha estado mucho tiempo en el mundo, no ha vivido mucho. ¿Dirás tú por ventura que navegó mucho aquél que habiendo salido del puerto, le trajo la cruel tempestad de una parte a otra, y forzado de la furia de encontrados vientos, anduvo dando bordos en un mismo paraje? Este, aunque padeció mucho, no navegó mucho. Suélome admirar cuando veo algunos que piden tiempo, y que los que le han de dar se muestran fáciles. Los unos y los otros ponen la mira en el negocio para que se pide el tiempo, pero no la ponen en el mismo tiempo, y como si lo que se pide y lo que se da fuera de poquísimo valor, se desprecia una cosa tan digna de estimación. Engáñalos el ver que el tiempo no es cosa corpórea ni se deja comprender con la vista, y así le tienen por cosa vilísima y de ningún valor
Algunos carísimos varones reciben gajes de otro, y por ellos alquilan su trabajo, su cuidado y su diligencia, pero del tiempo no hay quien haga aprecio; usan de él pródigamente, como de cosa dada gratuitamente. Por los ojos en los que esto hacen y míralos cuando están enfermos, y cuando se les acerca el peligro de la muerte, y temen el capital suplicio, y verás que dicen, tocando las rodillas de los médicos, que están dispuestos a dar toda su hacienda por conservar la vida: Tan diversa es en ellos la discordia de los afectos. Y si como podemos traer a cada uno a la memoria el número de los años que se le han pasado, pudiésemos tener certeza de los que le quedan, ¡oh cómo temblarían aquellos a quienes les quedasen pocos, y cómo huirían de disiparlos! La disposición de lo que es cierto, aunque

sea poco, es fácil; pero conviene guardar con mayor diligencia aquello que no saben cuándo se te ha de acabar. Y no pienses que ellos ignoran que el tiempo es cosa preciosa, pues para encarecer el amor que tienen a los que aman mucho, les suelen decir que están prontos a darles parte de sus años. Lo cierto es, que sin entenderlo se los dan; pero danlos quitándoselos a si mismos, sin que se acrezcan a los otros; pero como ignoran lo que pierden, viéneles a ser más tolerable la pérdida del no entendido daño.

No hay quien pueda restituirte los años, y ninguno te restituirá a ti mismo; la edad proseguirá el camino que comenzó, sin volver atrás ni detenerse; no hará ruido ni te advertirá de su velocidad; pasará con silencio, no se prorrogará por mandado de los reyes ni por el favor del pueblo; correrá desde el primer día como se le ordenó; en ninguna parte tomará posada ni se detendrá. ¿Qué se seguirá de esto? Que mientras tú estás ocupado, huye aprisa la vida, llegando la muerte, para la cual, quieras o no quieras, es forzoso desocuparte.

9. ¿Por ventura alguno (hablo de aquellos que se precian de prudente), viviendo con más cuidado, podrá conseguir el vivir con más descanso? Disponen la vida haciendo cambios y recambios de ella, y extienden los pensamientos a término largo, consistiendo la mayor pérdida de la ida en la dilación; ella nos saca de las manos el primer día, ella nos quita las cosas presentes, mientras nos está ofreciendo las futuras; siendo gran estorbo para la vida la esperanza que pende de lo que ha de suceder mañana. Pierdes lo presente, y disponiendo de lo que está en las manos de la fortuna, dejas lo que está en las tuyas.

¿Adónde pones la mira? ¿Hasta dónde te extiendes? Todo lo que está por venir es incierto. Vive desde luego; y advierte que el mayor de los poetas, como inflamado de algún divino oráculo, cantó aquel saludable verso: "El mejor día de la primera edad es el primero que huye a los mortales." "Por qué te detienes dice, por qué tardas? El tiempo huye, si no le ocupas, y aunque le ocupes, huye." Y así se ha de contrastar su celeridad con la presteza de aprovecharle, cogiendo con prisa el agua como de arroyo rápido, que en pasando la corriente, queda seco. También es muy a propósito para condenar los pensamientos prolongados que no llamó buena a la edad, sino al día.

¿Cómo, pues, en tan apresurada huída del tiempo quieres tú con seguridad y pereza extender en una larga continuación los meses y los años, regulándolos a tu albedrío? Advierte que el poeta habló contigo cuando habló del día, y del día que huye. No se debe, pues, dudar que huye el primer buen día a los miserables y ocupados hombres, cuyos pueriles ánimos oprime la vejez, llegando a ella desapercebidos y desarmados. No hicieron prevenciones, y dieron de repente en sus manos, no echando de ver que cada día se les iba acercando; sucediéndolos lo que a los caminantes, que entretenidos en alguna conversación, o alguna lectura, o algún interior pensamiento, echan de ver que han llegado al lugar antes que entendiesen estaban cerca. Así este continuo y apresurado viaje de la vida, en que vamos, a igual paso los dormidos y los despiertos, no lo conocen los ocupados sino cuando se acabó.

10. Si hubieran de probar con ejemplos y argumentos lo que he propuesto, ocurriéranme muchos con que hacer evidencia que la vida de los ocupados es brevísima. Solía decir Faliano (no de estos filósofos de cátedra, sino de los verdaderos y antiguos) que contra las pasiones se habían de pelear con ímpetu, y no con sutileza, ahuyentando el escuadrón de los afectos, no con pequeños golpes, sino con fuertes encuentros; porque para deshacerle no bastan ligeras escaramuzas, sino heridas que corren.

    Pero para avergonzar a los hombres de sus culpas, no basta condolernos de ellos; menester es enseñarles. En tres tiempos se divide la vida: en presente, pasado y futuro. De éstos, el presente es vivísimo, el futuro dudoso, el pasado cierto. Porque éste, que con ningún imperio puede volver atrás, y en él perdió ya su derecho la fortuna, es el que no gozan los ocupados, por faltarles tiempo para poner los ojos en lo pasado; y si tal vez le tienen, es desabrida la memoria de las cosas pasadas, porque contra su voluntad reducen al ánimo los tiempos mal empleados, sin tener osadía de acordarse de ellos; porque los vicios que con alún halago de deleite presente se iban entrando con disimulación, se manifiestan con la memoria de los pasados. Ninguno otro, sino aquél que reguló sus acciones con el nivel de la buena conciencia (que jamás se deja engañar culpablemente), hace con gusto reflexión en la vida pasada; pero el que con ambición deseó muchas cosas, el que las despreció con

soberanía y las adquirió con violencia, el que engalñó con asechanzas, robó con avaricia y despreció con prodigalidad, es forzoso tema a su misma memoria. Esta parte del tiempo pasado es una cosa sagrada y dedicada, libre ya de todos los humanos acontecimientos y exenta del imperio de la fortuna, sin que le aflijan pobreza o miedo, ni el concurso de varias enfermedades. Ésta no puede inquietarse ni quitarse, por ser su posesión perpetua y libre de recelos.

El tiempo presente es sólo de días singulares, y su presencia consiste en instantes; pero los días del tiempo pasado, siempre que se lo mandares, parecerán en tu presencia, consintiendo ser detenidos para ser residenciados a tu albedrío; si bien para este examen falta tiempo a los ocupados; que el discurrir sobre toda la vida pasada, es dado solamente a los entendimientos quietos y sosegados. Los ánimos de los atolondrados están como debajo de yugo, no pueden mirarse ni volver la cabeza. Anegóse, pues, su vida, y aunque le añadas lo que quiseres, no fue de más provecho que lo es la nada, si no exceptuaron y reservaron alguna parte. De poca importancia es el darles largo tiempo, si no hay en qué haga asiento y se guarde; piérdeseles por los rotos y agujerados ánimos.

El tiempo presente es brevísimo, de tal manera, que algunos dicen que no le hay, porque siempre está en veloz carrera; corre y precipitase, y antes deja de ser que haya llegado, sin ser más capaz a detenerse que el orbe y las estrellas, cuyo movimiento es sin descanso y sin pararse en algún lugar. No gozan, pues, los ocupados más que del tiempo presente, el cual es tan breve, que no se puede comprender, y aún éste se les huye estando ellos distraídos en diversas cosas.

11. ¿Quieres, finalmente, saber lo poco que viven? Pues mira lo mucho que desean vivir. Mendigan los viejos decrépitos, a fuerza de votos, el aumento de algunos pocos años. Fíngense de menos edad, y lisonjéanse con la mentira; engáñanse con tanto gusto como si juntamente engañaran a los hados. Pero cuando algún accidente les advierte la mortalidad, mueren como atemorizados, no como los que salen de la vida, sino como excluidos de ella. Dicen a voces que fueron ignorantes en no haber vivido, y que si escapan de aquella enfermedad, han de vivir en descanso. Conocen entonces cuán en vano adquirieron los bienes que no han de gozar, y cuán perdido fue todo afán.

Pero ¿qué cosa estorba que la vida de los que la pasan apartados de negocios no sea larga? Ninguna parte de ella se emplea en diferente fin, nada se desperdicia, nada se da a la fortuna, nada con negligencia se pierde, nada se disminuye con dádivas, nada hay infructuoso; y para decirlo en una palabra, toda ella está dando réditos, y así, por pequeña que sea, es suficiente. De qué se seguirá que cada y cuando que al varón sabio se llegare el último día, no se detendrá en ir a la muerte con paso deliberado.

12. Preguntarásme, por ventura, a qué personas llamo ocupadas. No pienses que hablo sólo de aquellos que para que desocupen los tribunales es necesario soltar los perros, y que tienen por honrosos los encontrones que les dan los que los siguen, y por afrentosos los que reciben de los que no les acompañan, ni aquellos a quien sus oficios los sacan de sus casas para chocar con las puertas ajenas, ni aquellos a quien enriquece la vara del juez con infames ganancia, que tal vez crían postema. El ocio de algunos está ocupado en su aldea o en cama; pero en medio de la soledad, aunque se apartaron de los demás, ellos mismos se son molestos; y así, de éstos no hemos de decir que tienen vida descansada, sino ocupación ociosa.
¿Llamarás tú desocupado al que gasta la mayor parte del día en limpiar con cuidadosa solicitud los vasos de Corinto, estimados por la locura de algunos, y en quitar el orín a las mohosas medallas? ¿Al que sentado en el lugar de las luchas, está mirando las pendencias de los mozos? Porque ya ¡OH grave mal!, No sólo enfermamos con vicios romanos. ¿Al que está apareando los rebaños de sus esclavos, dividiéndolos por edades y colores, y al que banquetea a los que vencen en la lucha?
¿Por qué llamas descansados a aquellos que pasan muchas horas con el barbero mientras les corta el pelo que creció la noche pasada, y mientras se hace la consulta sobre cualquier cabello, y mientras las esparcidas guedejas se vuelven a componer, o se compele a los desviados pelos que de una y otra parte se junten para formar copete? Por cualquier descuido del barbero se enojan como si fueran varones; enfurécense si se les cortó un átomo de sus crines, o si quedó algún cabello fuera de orden y si no entraron todos en los rizos. ¿Cuál de éstos no quiere más que se descomponga la paz de la república que la compostura de su cabello? ¿Cuál no anda más solícito en el

adorno de su cabeza que en la salud de imperio, preciándose más de lindo que de honesto? ¿A éstos llamas tú desocupados, estando tan ocupados entre el peine y el espejo?

Pues ¿qué dirás de aquellos que trabajan en componer, oír y aprender tonos, mientras con quiebras de necísima melodía, violentan la voz que naturaleza les dio, con un corriente claro, bueno y sin artificio?

¿Aquellos cuyos dedos midiendo algún verso están siempre haciendo son? ¿Aquellos que llamados para cosas graves y tristes, se les oye una tácita música? Todos éstos no tienen ocio, sino perezoso negocio.

Tampoco pondré convites de éstos entre los tiempos desocupados, viéndolos tan solícitos en componer los aparadores, en aliñar las libreas de sus criados, que suspensos están en cómo vendrá partido el jabalí por el cocinero, con qué presteza han de acudir los pajes a cualquier seña, con cuánta destreza se han de trinchar las aves en no feos pedazos, cuán curiosamente los infelices mozuelos limpian la saliva de los borrachos. Con estas cosas se afecta granjear fama de curiosos y espléndidos, siguiéndoles de tal modo sus vicios hasta el fin de la vida, que ni beben ni comen sin ambición.

Tampoco has de contar entre los ociosos a los que se hacen llevar de una parte a otra en silla o en litera, saliendo al encuentro a las horas del paseo como si el dejarle no les fuera lícito. Otro les advierte cuándo se han de lavar, cuándo se han de bañar, cuándo han de cenar, y llega a tanto la enfermedad de ánimo relajado y dejativo, que no pueden saber por sí si acaso tienen hambre. Oí decir de uno de estos delicados (si es que se puede llamar deleite ignorar la vida y costumbres de hombres), que habiéndole sacado de un baño en brazos y sentádole en una silla, que dijo, preguntando, si estaba sentado. ¿Piensas tú que éste, que ignora si está sentado, sabe si vive, si ve y si está ocioso? No sé si me compadezca más de que lo ignorase o de que fingiese ignorarlo. Muchas son las cosas que ignoran, y muchas en las que imitan la ignorancia; deléitanles algunos vicios, y teniéndolos por argumento de su felicidad, juzgan que es de hombres bajos el saber lo que han de hacer.

Dirás que los poetas han fingido muchas cosas para zaherir las demasías. Pues créeme, que es mucho más lo que se les pasa por algo que lo que fingen; habiendo en este nuestro infeliz siglo (para sólo esto ingenioso) pasado tan adelante la abundancia de

increíbles vicios, que podemos llegar a condenar la negligencia de las sátiras.

¡Que exista un hombre tan muelle que tenga que saber por otro si está sentado! Éste no se debe llamar ocioso; otro nombre se le ha de poner. Enfermo está, o por mejor decir, muerto. Ocioso es el que conoce su ocio; pero el que para entender sus acciones corporales necesita de quien se las advierta, éste solamente es medio vivo. ¿Cómo tendrá dominio en el tiempo?

13. Sería prolijidad referir todos aquellos a quien los dados, el ajedrez, la pelota o el cuidado de curtirse al sol, les consume la vida. No son ociosos aquellos cuyos deleites los traen afanados; y nadie duda que los que se ocupan en estudios de letras inútiles, de que ya entre los romanos hay muchos, fatigándose no poco, obran nada. Enfermedad fue de los griegos, investigar qué número de remeros tuvo Ulises; si se escribió primero la Iliada o la Odisea; si son entrambos libros de un mismo autor, con otras impertinencias de esta calidad, que calladas no ayudan a la conciencia, y dichas, no dan opinión de más docto, sino de más enfadoso. Advierte cómo se ha ido apoderando de los romanos la inútil curiosidad de aprender lo no necesario.

Estos días oí a un hombre sabio que refería que Druilo fue el primero que venció en batalla naval; que Curio Dentato el primero que metió elefantes en el triunfo. Aunque la noticia de estas cosas no mira a la gloria verdadera, tocan sus ejemplos en materias civiles; no siento útil su conocimiento, nos deleita con una gustosa vanidad. Perdonemos también a los que inquieren cuál fue el primero que persuadió a los romanos la navegación. Este fue Claudio Candez, llamado así porque los antiguos llamaban candez a la trabazón de muchas tablas, y las tablas se llaman códices, y los navíos, que según la antigua costumbre portean los bastimentos, se llaman caudicarias. Permítase asimismo saber que Valerio Corvino fue el primero que se apoderó de Mesina y el primero que de la familia de los Valerios se llamó Mesana, tomando el nombre de la ciudad rendida, y que mudando el vulgo poco a poco las letras, se vino a llamar Mesala. ¿Permitirás, po ventura, averiguar si fue Lucio Sila el primero que dio en el coso leones sueltos, habiendo sido costumbre hasta entonces darlos atados? ¿Y que el rey Boco envió flecheros que los matasen? Permítase también esto; pero ¿Qué fruto tiene el saber que Pompeyo fue el primero que metió

en el coliseo dieciocho elefantes, que peleasen en modo de batalla con los hombres delincuentes? El príncipe de la ciudad, y el mejor de los príncipes, como publica la fama, siendo de perfecta bondad, tuvo por fiestas dignas de memoria matar por nuevo modo los hombres, ¿Pelean? Poco es: ¿Despedázanse? Poco es; quedan oprimidos con el grave peso de aquellos animales. Harto mejor fuera que semejantes cosas se olvidarán, porque no hubiera después algún hombre poderoso, que aprendiera y envidiara tan inhumana vanidad.
¡OH que grande ceguera pone a los humanos entendimientos la grande felicidad! Juzgo aquél que entonces se empinaba sobre la naturaleza, cuando exponía tanta muchedumbre de miserables hombres a las bestias nacidas debajo de otros climas, cuando levantaba guerras entre tan desiguales animales, cuando derramara mucha, y él mismo después, engañado por la maldad alejandrina, se entregó a la muerte por mano de un vil esclavo, conociéndose entonces la vana jactancia de su sbrenombre.

Pero volviendo al punto de que me divertí, mostraré en otra materia la inútil diligencia de algunos. Contaba éste mismo sabio que triunfando Metelo de los cartagineses, vencido en Sicilia, fue sólo entre los romanos el que llevó delante el carro ciento veinte elefantes cautivos. Que Sila fue el último de los romanos que extendió la ronda de los muros, no habiendo sido costumbre de los antiguos alargada cuando se adquiría nuevo campo en la provincia, sino cuando se ganaba en Italia. El saber esto es de más provecho que averiguar si el monte Aventino está fuera de la onda, como éste mismo afirmaba, dando dos razones; o porque la plebe se retiró a él, o porque consultando Remo en aquel lugar los agüeros, no halló favorables las aves, diciendo otras innumerables cosas, que o son fingidas o semejantes a ficciones; porque aunque les concedas escriban estas cosas con buena fe y con riesgo de su crédito, dime, ¿qué culpas se enmendaran con esta doctrina? ¿Qué deseos enfrena? ¿A quién hace más fuerte, más justo y más liberal? Solía decir Fabiano que dudaba si era mejor abstenerse de todo estudio que enredarse en estas averiguaciones.

14. Solos aquellos gozan de quietud, que se desocupan para admitir la sabiduría, y solos ellos son los que viven; porque no sólo aprovechan su tiempo, sino que le añaden todas las edades,

haciendo propios suyos todos los años que han pasado. Porque, si no somos ingratos, es forzoso confesar que aquellos clarísimos inventores de las sagradas ciencias nacieron para nuestro bien y encaminaron nuestra vida; con trabajo ajeno somos adiestrados al conocimiento de cosas granes, sacadas de las tinieblas a la luz. Ningún siglo nos es prohibido, a todos somos admitidos; y si con la grandeza de ánimo quisiéramos salir de los estrechos límites de la imbecilidad humana, habrá mucho tiempo en que poder esparciarnos. Podremos disputar con Sócrates, dificultar con Carneades, aquietarnos con Epicuro, vencer con los estoicos la inclinación humana, adelantarla con los cínicos y andar juntamente con la naturaleza en compañía de todas las edades. ¿Cómo, pues, en este breve y caduco tránsito del tiempo no nos entregamos de todo corazón en aquellas cosas que son inmensas y eternas, y se comunican con los mejores?

Estos que andan pasando de un oficio en otro, inquietando a sí y a los demás, cuando hayan llegado a lo último de su locura, y cuando hayan visitado cada día los umbrales de todos los ministros, y cuando hayan entrado por todas las puertas que hallaron abiertas, cuando hayan ido por diferentes casas, haciendo sus interesadas visitas, a cuantos podrán ver en tan inmensa ciudad, divertida en varios deseos; ¡Qué de ellos encontrarán, cuyo sueño, cuya lujuria o cuya descortesía los desechen! ¡Cuántos que después de haberles atormentado con hacerles esperar, se les escapen con una fingida prisa! ¡Cuántos que, por no salir por los zaguanes, llenos de sus paniaguados, huirán por las secretas puertas falsas, como si no fuera mayor inhumanidad engañar que despedir! ¡Cuántos soñolientos y pesados con la embriaguez, contraída la noche antes con un arrogante bocezo, abriendo apenas los labios, pagarán a los miserables que perdieron su sueño por guardar el ajeno, las salutaciones infinitas veces repelidas!

Solos aquellos, podemos decir, están detenidos en verdaderas ocupaciones, que se precian tener continuamente por amigos a Zenón, a Pitágoras, a Demócrito, a Aristóteles, y Teofrastro, y los demás varones eminentes en las buenas ciencias. Ninguno de éstos estará ocupado, ninguno dejará de enviar más dichoso y más amador de sí, al que viniere a comunicarlos; ninguno de ellos consentirá que los que comunicaren salgan con las manos vacías. Abierta tienen la puerta día y noche a todos los mortales.

15. Ninguno de ellos te forzará a la muerte, y todos ellos te enseñarán a morir. Ninguno hollará tus años, antes te contribuirán de los suyos. Ninguna conversación suya te será peligrosa. No será culpable su amistad ni costosa su veneración. De su comunicación sacarás el fruto que quisieres, sin que por ellos quede el que consigas más cuanto más sacares.

¡Qué felicidad y qué honrada vejez espera al que se puso debajo de la protección de ésta! Tendrá con quien deliberar de las materias grandes y pequeñas, a quien consultar cada día en sus negocios, y de quien oír verdades sin injurias, y alabanzas sin adulación, y una idea cuya semejanza imite. Solemos decir que no estuvo en nuestra potestad elegir padres, habiéndonoslos dado la fortuna; con todo eso, habiendo tantas familias de nobilísimos ingenios, nos viene a ser lícito nacer a nuestro albedrío. Escoge a cual de ellas quieres agregarte, que no sólo serás adoptado en el apellido, sino para gozar aquellos bienes que no se dan para guardarlos con malignidad y bajeza, siendo de calidad que se aumentan más cuando se reparten en más.

Estas cosas te abrirán el camino para la eternidad, colocándote en aquella altura, de la cual nadie será derivado. Sólo este medio hay con que extender la mortalidad, o para decirlo mejor, para convertirla en inmortalidad. Las horas y las memorias, y todo lo demás, que o por sus decretos dispuso la ambición, o levantó con fábricas, con mucha brevedad se deshace; no hay cosa que no destruya la vejez larga, consumiendo con más prisa lo que ella misma consagró. Sola la sabiduría es a quien no se puede hacer injuria; no la podrá borrar la edad presente, ni la diminuirá la futura, antes la que viniere añadirá alguna parte de veneración; porque la envidia siempre hace su morada en lo cercano, y con más sinceridad nos admiramos de lo más remoto. Tiene, pues, la vida del sabio grande latitud, no la estrechan los términos que a la de los demás; él solo es libre de las leyes humanas. Sírvenle todas las edades como a Dios. Comprende con la recordación el tiempo pasado, aprovéchase del presente y dispone el futuro; con lo cual, la unión de todos los tiempos hace que sea larga su vida. Siendo muy corta y llena de congojas la de aquellos que se olvidan de lo pasado, no cuidan de lo presente y temen lo futuro, y cuando llegan a sus postrimerías, conocen tarde los desdichados que estuvieron ocupados mucho tiempo en hacer lo que en sí es nada.

16. Y no tengas por suficiente argumento para probar que tuvieron larga vida, el haber algunas veces llamado a la muerte. Atorméntalos su imprudencia con inconstantes afectos, que incurriendo en lo mismo que temen, desean muchas veces la muerte, porque la temen.

Tampoco es argumento para juzgar larga la vida, el quejarse de que son largos los días, y que van espaciosas las horas para llegar al tiempo señalado para el convite. Porque si tal vez los dejan sus ocupaciones, se abrasan en el descanso, sin saber cómo le desecharán o cómo lo aprovecharán; y así luego buscan alguna ocupación, teniendo por pesado el tiempo que están sin ella. Sucediéndoles lo que a los que esperar el día destinado para los juegos gradiatorios o para otro algún espectáculo o fiestas, que desean asen aprisa los días intermedios, porque retarda lo que esperan para llegar tienen por prolija la dilación que a aquel tiempo, que al que le ama es breve y precipitado, haciéndose más breve por su culpa; porque sin tener consistencia en los deseos, pasan de una cosa en otra. A éstos no son largos, sino molestos, los días; y al contrario, tienen por cortas las noches lo que las pasan entre los lascivos abrazos de sus amigas o en la embriaguez, de que tuvo origen la locura de los poetas, que alentaron con fábula las culpas de los hombres, fingiendo que Júpiter enviciado en el adulterio de Alemena, había dado duplicadas horas a la noche. El hacer autores de los vicios a los dioses, ¿qué otra cosa es, sino animar a ellos, y dar a la culpa una disculpable licencia con el ejemplo de la divinidad? ¿A éstos, que tan caras cuestan las noches, podrán dejar de parecerles cortísimas? Pierden el día esperando la noche, y la noche con el temor del día; y aún sus mismos deleites son temerosos y desasosegados con varios recelos, entrando en medio del gusto algún congojoso pensamiento de lo poco que dura.

De este afecto nació el llorar los reyes su poderío, y sin que la grandeza de su fortura los alegrase, les puso terror el fin que les esperaba. Extendiendo el insolentísimo rey de los persas sus ejércitos por largos espacios de tierra, sin poder comprender su número ni medida, derramó lágrimas, considerando que dentro de cien años no había de haber vivo alguno de tan florida juventud; siendo el mismo que los llora, el que les había de apresurar la muerte; y habiendo de consumir en breve tiempo a unos en tierra, a otros en mar, a unos en batallas, a otros en huidas, ponía el temor en el centésimo año.

17. Son, pues, sus gustos cargados de recelos, porque no estriban en fundamentos sólidos; y así, con la misma vanidad que les dio principio, se deshacen. ¿Cuáles, pues, juzgarás son aquellos tiempos, aun por su misma confesión, miserables, pues aun los en que se levantan, sobrepujando el ser de hombres, ¿son pocos serenos? Los mayores bienes son congojosos, y nunca se ha de dar menos crédito a la fortuna que cuando se muestra favorable. Para conservarnos en una buena dicha, necesitamos de otra, y de hacer votos para que duren los buenos sucesos, porque todo lo que viene de mano de la fortuna es inestable, y lo que subió más alto está en mayor disposición de caída, sin que cause deleite lo que amenaza ruina; y así, es forzoso que no sólo sea brevísima, sino miserable, la vida de aquellos que con gran trbajo adquieren lo que en mayor han de poseer. Consiguen con su sudor lo que desean, y poseen con ansias lo que adquirieron con trabajo, y con esto, no cuidan del tiempo, que pasando una vez, jamás ha de volver. A las antiguas ocupaciones sustituyen otras de nuevo; una esperanza despierta a otra, y una ambición a otra ambición; no se busca el fin de los trabajos, pero múdase la materia.

    Nuestras honras nos atormentan, pero más tempo nos consumen las ajenas; acábase el trabajo de nuestra pretensión, y comenzamos el de las intercesiones. Dejamos la molestia de ser fiscales, y conseguimos la des ser jueces; acabóse la judicatura, pasa a contador mayor; envejeció siendo mercenario procurador de haciendas ajenas, y hállase embarazaso con la propia. Dejó a Mario la milicia, y ocupóle el consulado. Solicita Quincio el huir de la dictadura, y sacaránle para ella desde el arado. Irá Escipión a las guerras de África sin madura de edad para tan grande empresa, volverá vencedor de Aníbal y de Antioco, será honor de su consulado y fiador del de su hermano. Y si él no lo impidiere, le harán igual a Júpiter, y a éste, que era el amparo de la patria, acosarán civiles sediciones. Y al que supo en la juventud desechar los debidos honores, le deleitará en la vejez la ambición de un pertinaz destierro. Nunca han de faltar causas de cuidado, ora felices, ora infelices; con las ocupaciones se cierra la puerta, deseándose siempre, sin llegar a conseguirse.

18. Desvíate, pues, OH clarísimo Paulino, del vulgo, y recógete a más seguro puerto, y no sea como arrojado por la vejez. Acuérdate de los mares que has navegado, las tormentas propias que has padecido, y las que, siendo públicas, has hecho tuyas. Suficientes muestras han dado tu virtud en inquietas y trabajosas ocasiones; Experimenta ahora lo que hace en la quietud. Justo es hayas dado a la república la mayor y mejor parte de la edad, toma también para ti alguna parte de tu tiempo. Y no te llamo a perezoso y holgazán descanso, ni para que sepultes tu buena inclinación en sueño ni en deleites estimados del vulgo; que eso no es aquietarse. Hallarás retirado y seguro ocupaciones más importantes de las que hasta ahora has tenido.

Administrando tú las rentas del imperio con moderación de ser ajenas, con la misma diligencia que si fueran propias y con la rectitud de ser públicas, consigues amor de un oficio en que no es pequeña hazaña evitar el odio. Pero créeme, que es más seguro el estar enterado de la cuenta de tu vida que de las del depósito del trigo público. Reduce a ti ese vigor de ánimo capacísismo de grandes cosas, y apártale de ese ministerio, que aunque es magnífico, no es apto para vida perfecta; y persuádete que tantos estudios como has tenido desde tu primera edad en las ciencias, no fueron a fin de que se entregasen a tu cuidado tantos millares de fanegas de trigo; de cosas mayores y más altas habías dados esperanzas. No faltarán para esa ocupación hombres de escogida capacidad y de cuidadosa diligencia. Para llevar cargas, más aptos son los tardos jumentos que los nobles caballos, cuya generosa ligereza ¿quién hay que la oprima con peso grave? Piensa asimismo de cuánto fastidio sea el exponerte a tan grande cuidado. Tu ocupación es como los estómagos humanos, que ni admiten razón, ni se mitigan con equidad, porque el pueblo hambriento no se aquieta con ruegos.

Pocos días después que murió Calígula, a quien debía pesar mucho, si es que existe sentimiento en el infierno, moriri viviendo aún el pueblo romano, quedó Roma con provisiones para siete u ocho días.

Y mientras él construía puentes con navíos y jugaba con las fuerzas del Imperio, presentóse el último de los males, aun ara los sitiados: la escasez de alimentos. El querer imitar a un furioso rey extranjero con infelicidad soberbio, le hubo de costar la pérdida y el hambre, y lo que a ella se sigue, que es la ruina

de todas las cosas. ¿Qué pensamiento tendrían entonces aquellos a quien estaba encomendada la provisión de trigo público, esperando recibir hierro, piedras, fuego y espadas? Encerraban con suma disimulación, y no sin causa, en sus pechos tantos encubiertos males, por haber muchas enfermedades que se han de curar, ignorándolas los enfermos, habiendo habido muchos a quien el conocer su enfermedad fue causa de su muerte.

19. Recógete a estas cosas, más tranquilas, más seguras y mayores. ¿Piensas que es igual ocupación cuidar que el trigo se eche en los graneros, sin que la fraude o negligencia de los que le portean le hayan maleado, atendiendo a que con la humedad no se dañe o escaliente, para que responda al peso y medida? ¿O el llegarte a estas cosas sagradas y sublimes, habiendo de alcanzar con ellas la naturaleza de los dioses? ¿Y que deleite, qué estado, qué fortuna, qué suceso espera tu alma, y en qué lugar nos ha de poner la naturaleza cuando estemos apartados de los cuerpos? ¿Qué cosa sea la que sustenta todas las cosas pesadas del mundo, levantando al fuego a lo alto, moviendo en sus cursos las estrellas con otras mil llenas de maravillas?. ¿Quieres tú, dejando lo terreno, mirar con el entendimientos estas superiores? Ahora, pues, mientras la sangre está caliente, los vigorosos han de caminar a lo mejor. En este género e vida te espera mucha parte de las buenas ciencias, el amor y ejercicio de la virtud, el olvido de los deleites, el arte de vivir y morir, y, finalmente, un soberano descanso.

    El estado de todos los ocupados es miserable; pero el de aquellos, que aún no son suyas las ocupaciones en que trabajan, es miserabilísimo; duermen por sueño ajeno, andan con ajenos pasos, comen con ajena gana; hasta el amar y aborrecer, que son acciones tan libres, lo hacen mandados. Si éstos quisieren averiguar cuán breve es su vida, consideren qué parte ha sido suya. Cuando vieres, pues, a los que van pasando de una en otra judicatura, ganando opinión en los tribunales, no les envidies; todo eso se adquiere para perdida de la vida, y para que sólo se cuente el año de su consulado, destruirán todos sus años. A muchos desamparó la edad, mientras trepando a la cumbre de la ambición, luchaban con los principios; a otros, después de haber arribado por mil indignidades a las disgnidades supremas, les llega un miserable desengaño de que todo lo que

han trabajado ha sido para el epitafio del sepulcro. A otros desamparó la cansada vejez, mientras como juventud se dispone entre graves y perversos intentos, para nuevas esperanzas.

20. Torpe es aquel a quien, estando en edad mayor, coge la muerte ocupado en negocios de no conocidos litigantes, procurando las lisonjas del ignorante vulgo; y torpe aquel que, antes cansado de vivir que de trabajar, murió entre sus ocupaciones. Torpe el enfermo, de quien por verle ocupado en sus cuentas, se ríe el ambicioso heredero.

No puedo dejar un ejemplo que se me ocurre. Hubo un viejo llamado Turanio, de puntual diligencia, y habiéndole Calígula jubilado en oficio de procurador sin haberlo él pedido, por ser de más de noventa años, se mandó echar en la cama, y que su familia le llorase como a muerto. Lloraba, pues, toda la casa el descanso de su viejo dueño, y no cesó la tristeza hasta que se le restituyó a aquel su trabajo: tanto se estima el morir en ocupación.

Muchos hay de esta opinión, durando en ellos más el deseo que la potencia; para trabajar pelean con la imbecilidad de su cuerpo, sin condenar por pesada a la vejez por otro algún título, más de porque los aparta del trabajo. La ley no compele al soldado en pasando de cincuenta años, ni llama al senador en llegando a sesenta. Más dificultosamente alcanzan los hombres de sí mismos el descanso que de la ley. Y mientras que son llevados, o llevan a otros, y unos a otros se roban la quietud, haciendo los unos a los otros alternadamente miserables, pasan una vida sin fruto, sin gusto y sin ningún aprovechamiento del ánimo.

Ninguno pone los ojos en la muerte, todos alargan las esperanzas, y algunos disponen también lo que es para después de la vida grandes máquinas de sepulcros, epitafios en obras públicas, ambiciosas dotaciones para sus exequias. Ten por cierto que las muertes de éstos se pueden reducir a hachas y cirios, como entierro de niños.